

Tendría que estar muerto y no lo estoy. Pero a pesar de no estarlo, me encuentro en el infierno. Como si la estatua del *Ángel caído*, que nos mostró mi padre a mi hermano y a mí en uno de nuestros paseos por el Retiro, se hubiese salido por fin con la suya: 'Te reconozco, tú eres de los míos, un rebelde sin causa, algún día terminarás en el infierno, como yo', me decía siempre que pasábamos por su lado. A mí me daba un cague que no veas, y es que hasta físicamente me encontraba parecido con ese tal Lucifer que un buen día decidió desobedecer a Dios y pasar de ángel a demonio. Mi hermano, en cambio, se identificaba con la estatua de Alfonso XII que está en lo alto del estanque de las barcas, dominándolo todo desde su caballo. Decía que de mayor iba a ser rey como él y que le harían una estatua haciendo taekwondo en vez de a caballo. A veces tengo la impresión de que esas estatuas han predeterminado nuestras vidas. Por supuesto, mi hermano no ha llegado a ser rey, pero sí que ha triunfado como modelo; ahí está el tío inmortalizado en numerosas revistas y con poses más chulas que las del propio Alfonso XII. Y además ha ganado una medalla en taekwondo. Es un *crack*, no como yo, que soy un mierda. En lo único que pienso es en meterme y meterme, ya desde la mañana. No sé cómo mi hermano me aguanta todavía. Claro que cualquier día de estos se hartará y me abandonará, igual que nuestra madre. ¡Qué putada! Con lo que me hubiese gustado tener una familia normal. Pero el único recuerdo que tengo de mis padres juntos es el de mi padre agarrando a mi madre por los brazos, forcejeando con ella y a continuación tirándola por la ventana. No sé por qué esas imágenes tan terribles se empeñan en pasar cientos de veces por mi cabeza, siempre a cámara lenta. Yo intento detenerlas para tratar de comprender lo que estaba ocurriendo allí, pero las imágenes se suceden como en una secuencia, mudas, sin gritos ni palabras, aunque supongo que los habría. Y yo también estoy allí, mudo, como un espectador de piedra, aterrado por lo que mis ojos están viendo, sin entender nada, sin poder hacer nada por evitar todo aquello. Tenía tres años y mi hermano dos, aunque él no está dentro de aquella pesadilla, menos mal. Después tengo una laguna, porque lo siguiente que recuerdo es a mi padre en el portal pegándole a mi madre con una silla, y yo llorando. No entendía qué podía haber hecho mi madre para merecer semejante paliza.

'Papá, no le pegues, no le pegues, no le pegues...'

No oigo los gritos de mi madre ni las voces de mi padre, solo mi llanto y el eco de mi voz suplicante. Supongo que acudirían los vecinos ante semejante alboroto, pero tampoco lo recuerdo. La violencia de la propia situación junto con el terror que sentía en ese momento han borrado todo lo demás.

En el siguiente plano los policías se llevan a mi padre en un coche. Yo estoy ahí, frente a él, mirándolo, tratando de entender qué me quiere decir a través del cristal, contemplando sobrecogido e impotente sus ojos suplicantes. Pero el coche coge velocidad y yo me quedo sin saber qué era eso tan importante que mi padre quería decirme. Sé que él tenía una razón para haber hecho lo que hizo, pero me quedé sin saberla. Mi vida está llena de secretos terribles sin descifrar.

De nuevo aparezco en casa, en la cocina. Allí está la taza del café que se acababa de beber mi padre antes de que aquella horrible escena hubiese tenido lugar, prácticamente vacía, apenas queda un culito. Me lo bebo como si aquel café fuese la pócima mágica que pudiera aportarme un poco de luz sobre lo que acababa de suceder o quizá porque era lo único que me quedaba de mi padre y me resistía a que me abandonase de aquella manera. Porque yo sé que mi padre, al contrario que mi madre, me quería; a su manera, pero me quería. Y que si no hubiese sido por el maldito caballo, hubiese sido un buen padre. Pero todavía conservo en mi boca el sabor amargo de aquellos posos de café, y es que en ellos está escrita mi vida. La historia de mucha gente se escribe en libros, linajes, escudos, palacios, castillos o tumbas; la mía está escrita en aquellos posos. Y por eso necesito

meterme el maldito perico, para borrarlos. Y la droga hace que cada día descienda un poco más en mi camino hacia el infierno. ¡Qué putada!

No sé cómo fue la caída de Lucifer, pero la mía es lenta, agonizante. Algunos días, como hoy, tengo conciencia de ella y me aterra ver el desecho en que me he convertido: apenas me reconozco en ese tipo esquelético y abandonado que descubro cada vez que me miro en el espejo, capaz de cualquier barbaridad; en cambio, otros tengo la sensación de flotar en el vacío como esas águilas ratoneras que vuelan a merced del viento con las alas extendidas.

Joder, doy asco. Ya nada me divierte: ni meterme, ni hacer fechorías de las nuestras, ni ponerme morado de comer... como cuando iba con Poli y los otros. Sin él no es lo mismo, nada me divierte. ¡Qué putada! Me he quedado más solo que las ratas. Gordini se ha ido definitivamente con su madre y el Perchas se ha acomodado a ser el chulo de una tía mayor que le paga todos sus caprichos. Vaya mierda. Ahora si robo es para poder pillar, pero me raya mazo, como lo del trapicheo. Hay días que me meto incluso el perico que me dan para vender.

-Hoy sin ir más lejos, ¿verdad, Bruslí? Estás en un lío de los gordos.

-Deja de darme la chapa, Bruce Lee, estoy hasta los huevos. Siempre ahí, metiendo el dedo en la llaga, tocándome la moral.

-Sí, ya sé que te fastidia que sea tu conciencia y que te recuerde las cosas, pero ¿qué quieres?, tu cerebro es un colador por culpa de ese maldito polvo que te metes por la nariz. Y hoy no puedes evadirte como haces siempre, lo sabes muy bien: dentro de dos horas tendrás que enfrentarte a Walter y decirle que te has vuelto a meter los veinte gramos que te dio para vender. Y esta vez no se apiadará de ti, eres reincidente.

-No me da miedo, vejestorio.

-Un día te van a meter un tiro entre ceja y ceja.

-¿Y qué? Eso no me asusta, ya lo sabes.

-Pero sí te asusta ver en lo que te has convertido; eso sí te asusta, Bruslí, no lo niegues.

-¡Que te pires, tío!

-Te has convertido en un mentiroso, en un alcohólico, en un cocainómano. Venderías a tu hermano por un gramo. Eres escoria.

-¡Cállate, cabrón o...!

-¿O qué? No me dirás que vas a hacerme un *vándal* porque me da la risa, si no te tienes de pie. Mira tu cuerpo, es una ruina, una auténtica ruina. No tienes fuerzas ni para levantarte de ahí.

-¿Ah, no? Pues mira si me levanto, ¿lo ves, Bruce? Ahí te quedas, mamón, que yo me largo.